



Signos de hermandad

Un cuento escrito por Víctor Zenteno

Inspirado en la historia de Isabella Gutiérrez

Ilustrado por Arual Villegas Bravo (portada) y Roberto Azael S.S. (interiores).

Una iniciativa de



RecreaTalentos

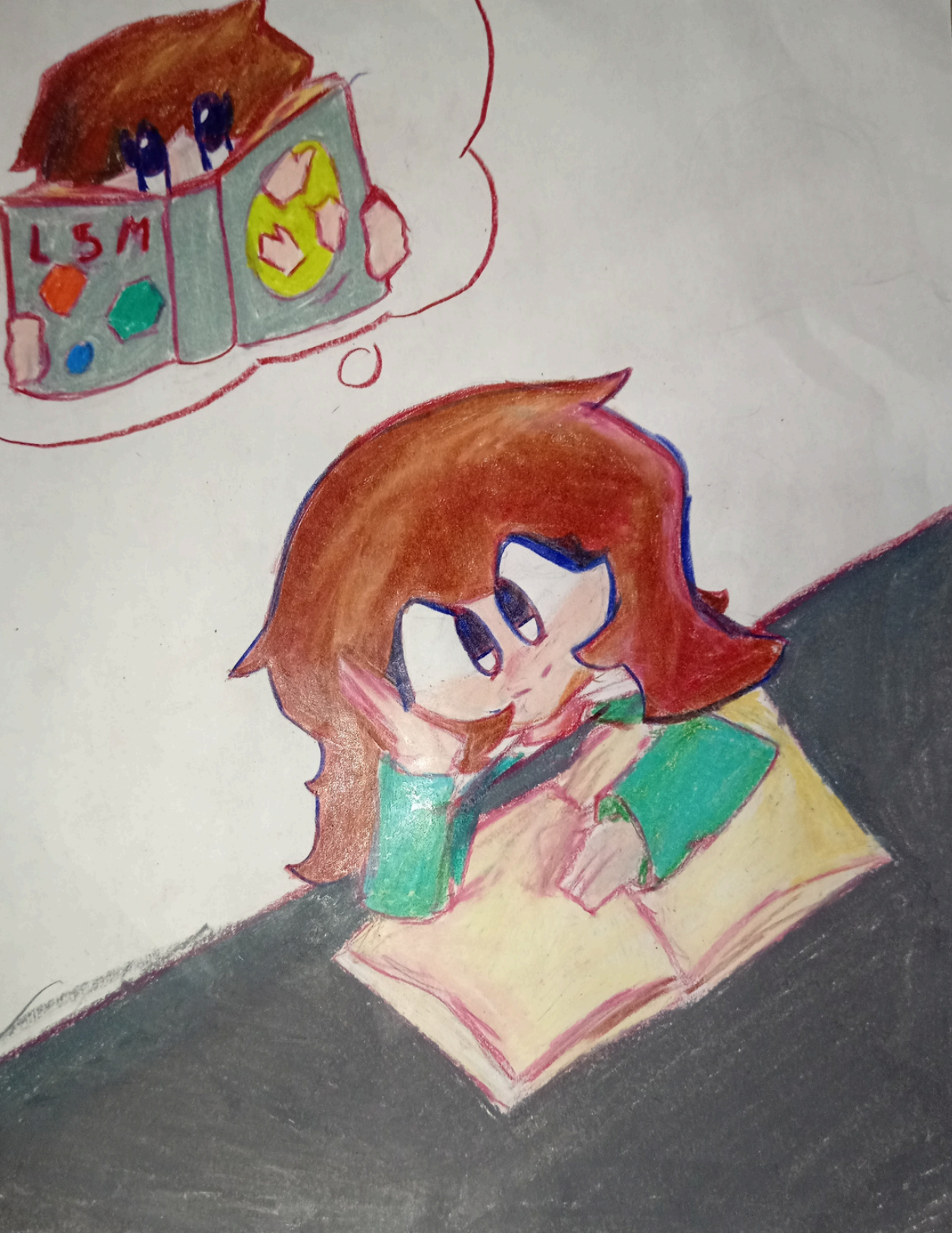
Soy la Lengua de Señas Mexicana (LSM). Quiero relatarles cómo me convertí en agente de cambio de una pequeña comunidad.

Esta historia comienza con una niña llamada Isabella, una joven con un corazón enorme y una determinación aún mayor. Isabella, con solo 10 años, vivía en un encantador pueblito donde todos se conocían. Su familia era muy unida; siempre compartían momentos de felicidad y apoyo mutuo. Un día, su hermanita Sofía fue diagnosticada con hipoacusia: una pérdida significativa de la audición. La noticia fue un gran desafío para la familia; sus padres debatieron qué hacer, si cambiarse de ciudad, mover a Sofía a un ambiente más estable y amable para ella. Pero Isabella, con su corta edad, participó en la plática y no dejó que la familia se desanimara. En lugar de eso, decidí aprenderme a mí, el lenguaje de señas, para poder comunicarse con su hermanita, hacer que Sofía y sus padres también pudieran hacerlo.

Isabella pasaba horas frente al espejo, practicando mis signos con dedicación y esmero; celular en mano, videos corriendo con mi estructura y mi sintaxis. Sofía e Isabella trabajaron muy duro. Día tras día, iban perfeccionando sus movimientos y asegurándose de que fueran claros y precisos. Poco a poco, Sofía comenzó a comprenderme mejor y, juntas, establecieron una hermosa forma de comunicación que fortaleció su vínculo de hermanas, vínculo de familia.

La pasión de Isabella por aprenderme no pasó desapercibida en su escuela. Un día, sus maestros le pidieron que diera una presentación sobre mí y sobre la hipoacusia. Isabella, nerviosa, pero decidida, aceptó el reto. Preparó una presentación interactiva donde no solo explicaba mis conceptos básicos, sino que también invitaba a sus compañeros a participar en ejercicios prácticos. La respuesta fue increíble.





Los compañeros de Isabella se mostraron entusiasmados y comprometidos a aprenderme. Aunque al principio era una forma de diversión y comunicarse sin palabras, con el tiempo, sus compañeros comprendieron la importancia de la inclusión y la empatía. Isabella veía cómo sus amigos se esforzaban por aprender y cómo poco a poco se volvían más conscientes de la diversidad de formas de comunicación.

Inspirada por el interés de sus compañeros, Isabella decidió llevar la iniciativa un paso más allá. Propuso a la directora de la escuela la idea de iniciar un club donde yo sería la protagonista, el Club de Lengua de Señas. La directora, conmovida por el entusiasmo de Isabella -algo escéptica sobre el éxito de la idea, quizás- aceptó la propuesta y le brindó todo el apoyo necesario.

Contra todas las apuestas, el club pronto se convirtió en uno de los más populares de la escuela. Cada semana, Isabella y sus amigos organizaban actividades y juegos para facilitar mi aprendizaje. Se reunían en un salón de la escuela, decorado con carteles coloridos que ilustraban diferentes señas y frases. Isabella se encargaba de preparar lecciones divertidas y dinámicas, asegurándose de que cada sesión fuera una experiencia educativa y agradable para todos. La comunidad escolar comenzó a transformarse, volviéndose más inclusiva y consciente de las necesidades de aquellas personas con discapacidades auditivas. En las clases, los maestros comenzaron a incorporar señas básicas en sus lecciones. Durante los recreos, los niños utilizaban mis signos para comunicarse entre ellos, independientemente de si tenían hipoacusia o no. Isabella observaba con satisfacción cómo su esfuerzo estaba generando un cambio positivo y significativo en su entorno.

Nuestra noticia se extendió rápidamente por el pueblo. Los padres y las madres, impresionados por el impacto positivo en sus hijos, solicitaron talleres para aprenderme también.

Isabella, con la ayuda de su familia y maestros, organizó sesiones en la Casa de la Cultura. En estas sesiones, compartía su historia y enseñaba a los adultos mis signos y gestos. Ver a personas de todas las edades aprendiendo a utilizarme llenaba a Isabella de orgullo y satisfacción.

Una tarde, mientras Isabella estaba enseñando en el centro comunitario, una mujer mayor, que definitivamente no era de la comunidad, se le acercó. Con lágrimas en los ojos, la señora le agradeció a Isabella por su dedicación y le contó cómo, gracias a ella, ahora podía comunicarse con su nieto, quien también tenía hipoacusia. Isabella sintió una profunda emoción al darse cuenta de que su esfuerzo estaba ayudando a fortalecer los lazos familiares y a mejorar la vida de tantas personas.

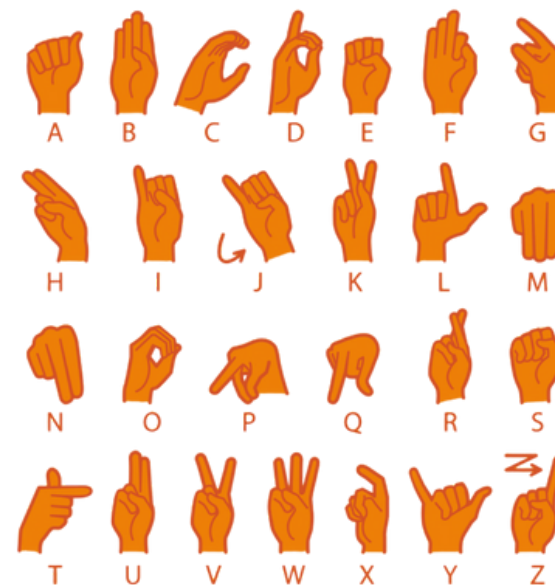
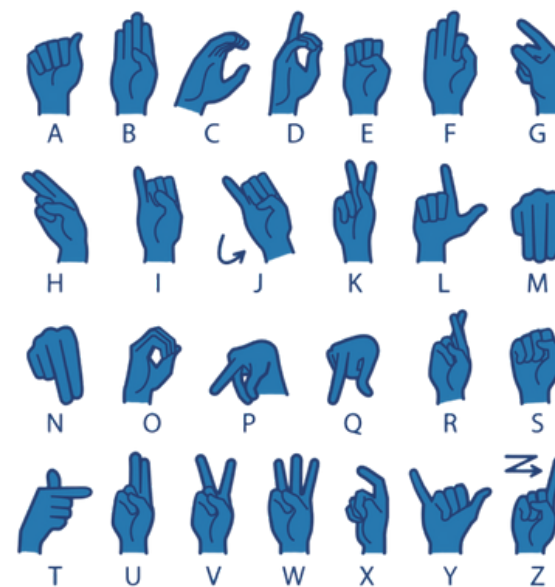
El cambio no se limitó solo a la escuela y al centro comunitario. En el mercado, en la iglesia y en el parque, la gente comenzó a usarme para comunicarse. Isabella observaba con alegría cómo su hermanita Sofía interactuaba con más personas sin barreras de comunicación. Sofía, antes tímida y reservada, ahora era una niña segura y feliz, capaz de expresarse libremente y de formar nuevas amistades.

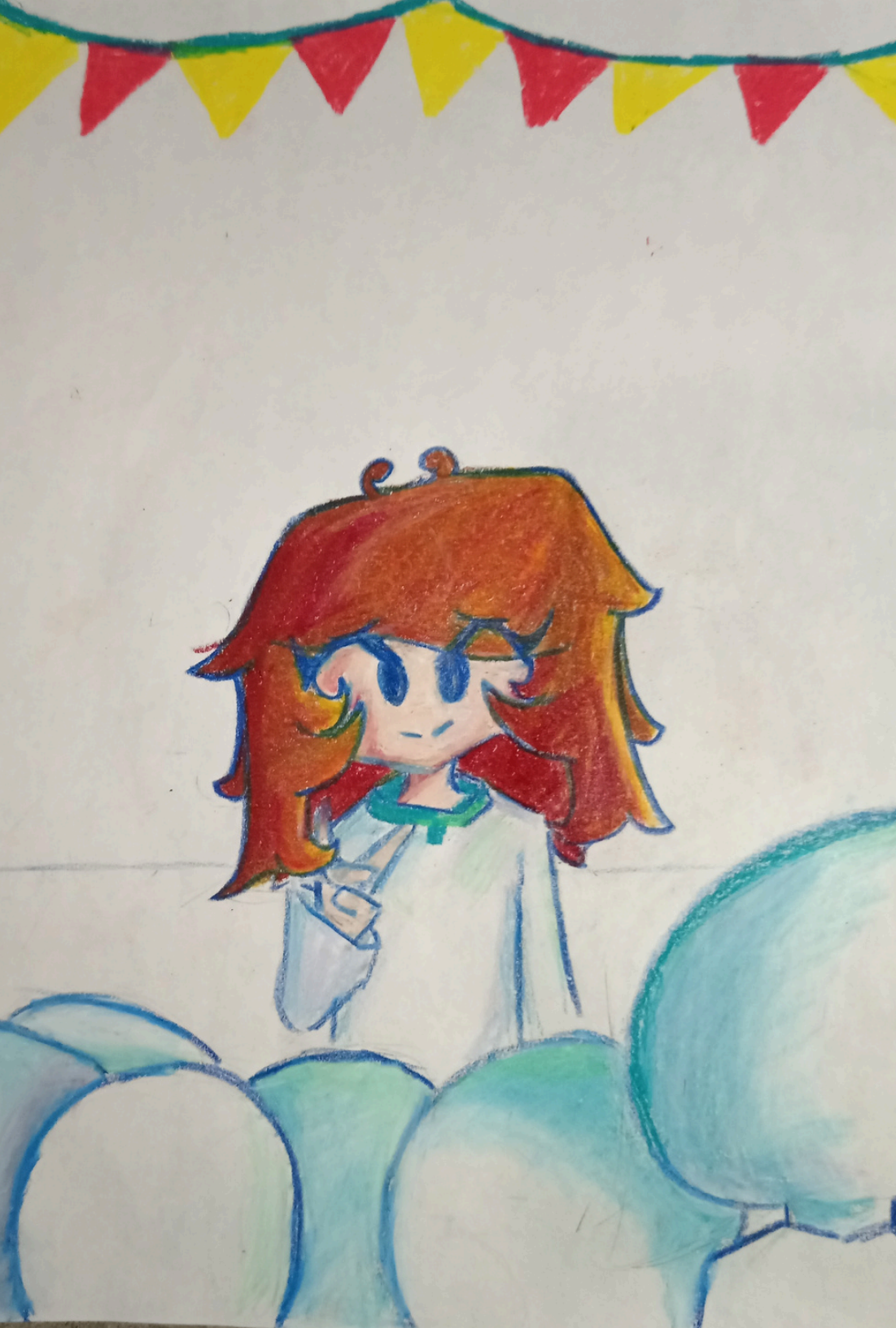
El pueblo entero parecía más unido, comprensivo y dispuesto a ayudar a quienes lo necesitaban. En un tiempo muy corto, familias que tenían miembros con hipoacusia llegaron a vivir al pueblo. La razón: no se sentían aisladas.

La comunidad en general se volvió más inclusiva y solidaria. Los comerciantes del mercado aprendieron señas básicas para atender mejor a sus clientes; en la iglesia, el sacerdote comenzó a incluir interpretaciones en lengua de señas durante las misas.

Isabella, sin darse cuenta, se había convertido en un agente de cambio. Su amor y dedicación hacia su hermanita habían desencadenado una ola de inclusión y empatía que transformó su comunidad. Al ver a Sofía, ahora una niña segura y feliz, Isabella comprendió el poder de la comunicación y la importancia de luchar por un mundo más inclusivo. Y así, con cada signo y cada gesto, Isabella continuaba sembrando semillas de amor y comprensión en el corazón de su pueblo.

Con el tiempo, la historia de Isabella y su trabajo con el lenguaje de señas llegó a oídos de organizaciones nacionales que promueven la inclusión de personas con discapacidades auditivas. Una de estas organizaciones, impresionada por el impacto que Isabella había tenido en su comunidad, decidió reconocer su labor con un premio especial. Isabella fue invitada a una ceremonia en la capital del país. La noticia emocionó a todo el pueblo. La escuela organizó una colecta para cubrir los gastos del viaje de Isabella y su familia. Los maestros, compañeros y vecinos contribuyeron generosamente y, en poco tiempo, se reunió el dinero necesario. El día de la ceremonia, Isabella se sintió plena por el apoyo y el cariño de su comunidad, llena de orgullo y emoción.





De regreso en su pueblo, Isabella fue recibida con una cálida bienvenida. Había una fiesta en la plaza principal, donde todos celebraban. Isabella aprovechó la ocasión para agradecer a todos por su apoyo y para recordarles la importancia de continuar aprendiendo y usando el lenguaje de señas. Lo último que dijo, con señas de LSM, en su discurso fue "Te Amo" viendo a Sofía en primera fila.

Inspiradas por su historia, otras escuelas en la región comenzaron a implementar programas de lenguaje de señas. Los medios locales hicieron reportajes sobre su trabajo. Pronto, su historia se difundió más allá de las fronteras.

Así fue que, gracias a Isabella, me convertí en un puente, demostrando que, a través de la comunicación, podemos crear un mundo más inclusivo y amoroso. Su historia es un recordatorio de que cada uno de nosotros tiene el poder de hacer una diferencia, y que el amor y la dedicación pueden cambiar el mundo, un signo a la vez.



Este cuento de ficción... **¡está basado en una historia de agencia de cambio real!**



Escanea el código o haz clic para conocer a **Isabella Gutiérrez, joven agente de cambio.**



RecreaTalento